

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VII. — NÚM. 325

Madrid, 15 de Abril de 1926

PRECIO: 15 CÉNTS.

LA RELIGIÓN QUE NECESITA ESPAÑA

LA religión es la primera necesidad del alma humana. Por mucho que grite y arree en sus ataques esa pseudociencia que cree haber apagado las luces del cielo, no conseguirá suprimir en el mundo el sentimiento religioso, porque es éste algo innato y substancial en el hombre e indispensable factor para su desarrollo y perfección espiritual; y por eso se ha podido llegar a decir que si no hubiera Dios, habría que inventarlo; porque sin Dios, sin la nostalgia de lo infinito, el hombre no puede vivir.

Partiendo, pues, de esta base indestructible, el único problema es discutir, examinar, qué religión hay que aceptar como la más digna de Dios y más digna del hombre.

España fué, es y será siempre un país eminentemente religioso. Lo fué en los tiempos primeros de su historia, aunque con las ideas religiosas inferiores que entonces se conocían; lo fué después, cuando aceptó el Evangelio; lo ha sido en todas las épocas, aunque con las desviaciones que sus mentores le impusieron, y lo es ahora, siquiera sea su religiosidad equivocada. La prueba evidente de esta religiosidad la tenemos en el tesón con que el pueblo español defiende sus tradiciones, sólo porque le hacen creer que el apartarse de ella significa irreligión; lo prueba además el hecho innegable de que aquí no hace partido el ateísmo ni agrada la incredulidad. Los alardes a lo Suñer y Capdevila nunca agradarán a España, y gracias a Dios que así es.

Pero nótese, al lado de estos hechos fehacientes que demuestran el sentimiento religioso de nuestro pueblo, este otro hecho, no menos innegable: el pueblo español no está a gusto con la religión que le han impuesto. El poco respeto a la clase sacerdotal, a lo que sólo se somete

por la fuerza; las sátiras y burlas que la Iglesia oficial ha inspirado a la literatura de todos los tiempos, no sólo contra curas y frailes, sino contra doctrinas características del romanismo; el apartamiento de

La religión «en espíritu y en verdad» que no se satisface con puros actos exteriores, ni con ceremonias ni ritualismos, ni con rutinas, sino que quiere elevación de mente, sinceridad de corazón, realidades espirituales que transformen vidas disipadas en vidas rectas, y almas decaídas en almas esforzadas.

La «religión de la libertad», no para cobertura de malicia, sino para que libres los hombres de todo yugo extraño, clericalismo, teocracia, mandamientos de hombres en contra de los Mandamientos de Dios, puedan servir a Dios conforme a su conciencia.

Religión personal y consciente, que no proceda de la presión de los respetos humanos, tradición de familia o conveniencias sociales, sino del íntimo convencimiento personal por dictados propios de la mente y del corazón.

Religión que ponga el alma en directa comunión con su Dios, sin intermediarios humanos, sin esa

interposición del hombre que presume de poderes divinos en el confesonario, que se erige en dispensador de gracias celestiales y en autoridad suprema infalible en asuntos de fe y moral, como si de él dependiera la salvación del alma. No hay otro mediador entre Dios y los hombres que Jesucristo, y el alma sólo en Cristo ha de poner su fe y su confianza, porque Él es el único camino para llegar al Padre. La religión del «Hijo Pródigo».

Religión, en fin, de amor, que excluya todo fanatismo, toda intolerancia, toda acepción de personas; la religión del «Buen Samaritano», que hace el bien sin mirar a quien y que lo hace por completo y sin omitir sacrificios.

«La religión pura y sin mácula delante de Dios y Padre, es ésta: Visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones y

TRIPLE AFIRMACIÓN

Sentimos una fe intensa en el Cristo viviente, en sus enseñanzas de eterno valor, en la obra de su vida y en su muerte redentora.

Somos incompatibles con Roma porque ella, con sus extravíos y ambiciones, ha puesto y pone en grave riesgo al verdadero Cristianismo.

Amamos profundamente a nuestra Patria. Contemplando doloridos el extremo a que la han traído la superstición y la idolatría, tan contrarias al Evangelio, queremos que sea éste, y éste solo, el que oriente el futuro religioso de los españoles.

los fieles de la Iglesia, que los mismos obispos y curas reconocen a todas horas; la indiferencia prácticorreligiosa, que hoy es general en el pueblo español, y que procede, no de la ausencia del sentimiento religioso, sino de la disconformidad con la religión oficial que se quiere imponer, son testimonios aplastantes de un estado de descontento que se traduciría en seguida en abierta oposición y en franca deserción del campo católico, a poco que un régimen de verdadera libertad de cultos emancipara las conciencias y las dejase elegir la religión más conforme con sus legítimas aspiraciones: la religión que verdaderamente necesita España.

Esta religión, que el pueblo necesita y desea, no es otra que la religión pura de Cristo, tal y como la reflejan los Evangelios.

guardarse sin mancha de este mundo.» (Sant., I, 27.)

¿No es ésta, en efecto, y sólo ésta, la religión que España necesita?

Pues esta religión, que es la religión pura de Cristo, la que nos regenera y hace aptos para el bien, para el amor, es la que el protestantismo español predica y se esfuerza en propagar entre nuestros queridos compatriotas, convencidos como estamos de que al predicarla y propagarla cumplimos, no sólo un deber de cristianos y de hombres sinceros, sino una obra de verdadero patriotismo.

Se hace patria, no sólo con los esfuerzos de la ciencia, del arte, de la industria, del trabajo material, sino llevando a las almas entenebrecidas la luz bendita de la verdad religiosa, que salva, y vivifica, y eleva, y engrandece a los pueblos como a los individuos. Y es Cristo la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, y son los que a Cristo predicán, y lo predicán tal como es, sin las añadiduras de Papas, los que trabajan también por una España grande y gloriosa.

AGUSTÍN ARENALES

EL ROMANISMO: UNA DEFORMACIÓN, NO UNA EVOLUCIÓN

EL cardenal Newman, la más grande conquista de Roma en la protestante Inglaterra, formuló, a mediados del siglo pasado, una teoría que, aun no siendo aceptada plenamente por sus nuevos correligionarios, ha influido en muchos espíritus. Engendrarse en el suyo en virtud de dos fuerzas contrarias: su simpatía sentimental por Roma, de una parte, y su rigor intelectual de otra, que no le permitía llamar primitivo a lo que evidentemente no lo era. Es la teoría llamada del desenvolvimiento del dogma. Según ella, la doctrina cristiana no fué enseñada por el Divino Fundador de la Iglesia sino en germen, ni fué expuesta sino con limitado alcance por los Apóstoles; resultando natural, por lo tanto, que haya ido desarrollándose y formulándose de modo más completo a través de los siglos. Newman estaba muy satisfecho con su descubrimiento. Nos dice en *Apología pro vita sua*: «Vi que el principio del desenvolvimiento, no sólo explicaba ciertos hechos, sino que era en sí mismo un notable fenómeno filosófico, que daba carácter a todo el desarrollo del pensamiento cristiano... la moderna Roma era en verdad la antigua Antioquía, Alejandria y Constantinopla, precisamente como una curva sistemática sigue su propia ley y expresión».

Sea lo que quiera de esta teoría, Newman la vió cumplida; porque, siendo un enamorado de la antigüedad, no lo era de la antigüedad más antigua. El error entró muy pronto en la Iglesia, y ciertamente que Roma lo ha desarrollado admirablemente. Pero con relación al Cristianismo, Roma no es una evolución, sino una deformación; no es un crecimiento, sino una degeneración.

Supongamos una persona discreta que no sabe nada de estas cuestiones. Le hacemos leer con atención la enseñanza de Cristo en los *Evangelios*, el reflejo que de la Iglesia primitiva nos conservan *Los hechos de los Apóstoles*, las cartas de San Pablo, San Pedro y demás varones apostólicos, todo lo que puede mostrarnos al

Cristianismo en su manantial; y luego, sin apuntarle nada, le hacemos contemplar, con ojos no avezados al espectáculo, la vida eclesiástica católico-romana, los ritos de sus sacerdotes y las devociones de sus fieles; los formularios de su doctrina y la colección de sus cánones sus definiciones dogmáticas de los últimos tiempos y el aparato de su jerarquía. ¿Qué analogía hallará entre ambas cosas? Muy poca. Costará trabajo convencerle de que lo segundo sea consecuencia histórica de lo primero. Notará que no tiene el mismo sentido. No hay verdadera continuidad espiritual. El edificio que empezaba a levantarse como un palacio, con amplios balcones que daban a jardines espléndidos, ha acabado en una inmensa cárcel, cuyas ventanucas están ensombrecidas por gruesas rejas.

El Cristianismo empezó siendo todo luminosidad, todo alegría, todo espíritu. Exigia grandes cosas de sus adeptos, pero sus ofertas sobrepujaban a todo. Era «la gracia de nuestro Señor Jesucristo que, por amor de nosotros, siendo rico se hizo pobre, para que nosotros con su pobreza fuésemos enriquecidos». Magnificaba a Dios y ennoblecía al hombre. Ponia las relaciones del hombre con Dios sobre bases enteramente nuevas. Introducía a pleno juego la fuerza del espíritu en la nueva comunidad. Libertaba de todo lo mecánico y ritual y habilitaba para un servicio en «novedad de vida». Iluminaba la oscura muerte con claridades de felicidad. Desterraba las supersticiones y los temores, porque «el que teme no está perfecto en el amor». Igualaba a todos los cristianos haciéndolos reyes y sacerdotes para Dios.

¿Qué violencia tan tremenda ha tenido que ejercerse para introducir en esta espiritualidad el culto a las imágenes y a las reliquias de los santos; en este directo acceso al Padre, un cúmulo de medianeros; en este amplio perdón divino, el «tribunal de la penitencia»; en esta gracia sobreabundante, las imaginarias y tacañas indulgencias de los jubileos; en esta

esperanzada confianza para después de la muerte, la obscura perspectiva del Purgatorio y la sórdida intervención del dinero en la duración de sus tormentos; en esta amplia universalidad, la localización de las promesas divinas en una ciudad material, Roma, que no es «eterna», pues nada es eterno sino Dios!

Y era ésta justamente la violencia temida por los primeros siervos de Cristo y anunciada en sus epístolas. «Prohibirán casarse», «mandarán abstenerse de las viandas que Dios crió», «harán mercadería de vosotros», «negarán al Señor que los rescató», «se sentará en el templo de Dios, haciéndose parecer Dios», he aquí unos pocos de sus avisos. Ellos pusieron en guardia a los fieles precisamente contra sus futuros pastores. No fiaron en la infalibilidad de éstos, sino en el instinto vital de resistencia de la comunidad. Este instinto, alimentado por la Palabra y fortalecido por el espíritu, es el que ha suscitado en todos los tiempos las santas protestas contra el error y el vicio en las alturas. El desarrollo normal y natural del Cristianismo será siempre volver más y más a la enseñanza de Jesús, conocerla cada vez mejor y aplicarla con más exactitud y fidelidad a la vida humana en todos sus órdenes. No está el progreso en la complicación, sino en la sencillez; no en la multiplicación de las reglas, sino en la mejor observancia de los grandes principios; no en la elaboración y complicación de la doctrina, sino en la más completa percepción de que la vida eterna es conocer al Padre como sólo Dios verdadero y a Jesucristo, a quien Él envió al mundo.

La experiencia de cuatro siglos de Reforma nos permite ver que en el desarrollo total del Cristianismo la línea romana aparecerá como una lamentable y aun trágica desviación. Vamos hacia una meta y una meta gloriosa; pero Dios, no el hombre, es quien dirige.

ADOLFO ARAUJO

SUMARIO

La Religión que necesita España (Agustín Arenales). — El Romanismo, una deformación, no una evolución (Adolfo Araujo). — Lo que el mundo debe a la Reforma (Jorge Flledner). — Canto heroico (Claudio Gutiérrez Marín). — La oferta del perdón en el Evangelio (C. Araujo García). — La unidad de la Iglesia en Cristo, no el en Papa (Fernando Cabrera). — ¿Tiene el obrero necesidad del Evangelio? (Luis Villaoz). — Innovaciones del Romanismo. — Lo que han hecho por España los protestantes (Alejandro Campo). — Mapa de la obra Evangélica en España. Lugares de culto y predicación en España. — Anuncios.

ESTE NUMERO
HA SIDO REVISADO
POR LA CENSURA

Lo que el mundo debe a la Reforma

AL tratar del movimiento espiritual que separa la Edad Media de la Moderna, importa no confundir el Renacimiento con la Reforma; pues la confusión es, a menudo, más perjudicial para el conocimiento de la verdad que el mismo error. El Renacimiento es la reacción natural del espíritu humano contra las trabas que le impone la exagerada preponderancia del papado en la edad media. Precisamente cuando a Inocencio III se le puede considerar como soberano universal de Europa, entonces llega también a su período álgido la protesta contra tal imposición, exteriorizada en el movimiento valdense y albigense. Estos «herejes» son sometidos, exterminados o reducidos a la impotencia. Pero el mismo rey que contribuye a esa obra destructora del Papa, el emperador Federico II, abre las puertas del Imperio a la influencia de los sarracenos de Sicilia. Por la misma época, filósofos españoles, musulmanes y judíos, discípulos a su vez de Aristóteles, vienen a constituir el instrumento por medio del cual llega también a la Europa central y occidental la voz de la antigüedad. Por fin, la presión que los turcos ejercen sobre los restos del Imperio de Oriente induce a muchos griegos instruidos a trasladarse a Italia. El Renacimiento favorece la liberación del espíritu, se manifiesta aún dentro de la iglesia medieval, pero su interés primordial y principal no es religioso.

Erasmo y Vives, ambos religiosos a su manera, se interesan especialmente por la cultura general humana; Lutero y Melancton, en cambio, que también se pueden considerar como humanistas, ponen lo religioso en primer término. Miguel Ángel, en varias obras de su juventud se muestra francamente enamorado de la belleza puramente humana; pero más tarde, y sobre todo en los últimos años de su vida, debido, sin duda, a la influencia de Juan de Valdés y de Victoria Colonna, manifiesta una decidida y profunda religiosidad.

Podemos, pues, decir que el Renacimiento es naturalmente humano y se extiende hacia lo divino por su interés en la Humanidad; lleva la dirección de la periferia hacia el centro, aunque no siempre llegue el mismo. La Reforma, en cambio, va de lo religioso a lo humano, desde el centro a la periferia, aunque no siempre haya llegado hasta las últimas consecuencias. Por esto el Renacimiento tuvo su fin; la Reforma sigue aún, bien que no siempre con el brío que quisiéramos ver en ella.

Al examinar la *Pedagogía moderna* vemos que muchos han contribuido a formar el caudal común de que hoy disfrutamos; pero mientras por un lado tenemos a Lutero, Melancton, Trotzendorff, Calvino, Amós Comenio, Pestalozzi, Fröbel

y tantos más, que ahora no los podemos enumerar a todos, por el lado católico encontramos solamente a Fenelón, Felbiger u otros pocos. No decimos que no haya habido maestros católicos, que a su modo enseñaron a los que no sabían; pero los pedagogos católicos que han introducido en la Pedagogía ideas de valor general, y cuya voz ha llegado más allá de un círculo relativamente reducido, casi casi pueden contarse con los dedos de una mano, y aun de ellos algunos no aparecen completamente ortodoxos a los ojos del romanismo.

También es interesantísimo el estudio de la influencia que la Reforma ha ejercido en la *Ética*. Tal vez pueda condensarse en una frase breve, diciendo que es «la sustitución del *jus* (derecho) por la *justicia*». Partiendo de aquí, pueden explicarse, a nuestro juicio, las principales diferencias que se encuentran en los Tratados de moral de unos y otros. La moral evangélica trata de inculcar en el ánimo el principio que debe imperar en la vida, y le deja al individuo, mejor diríamos, a la persona, la labor de ajustar su conducta, sus aptitudes e instintos a esta norma. En cambio, la moral católica parece preguntar siempre: «Si éste es el principio o la ley, ¿hasta qué punto puedo llegar en la satisfacción de mis deseos, instintos o apetitos sin caer en falta?»

Viene, pues, a ser la moral católica como un edificio de ladrillos y sillares que manifiesta el espíritu, la idea del arquitecto que lo construyó; la evangélica es como un árbol que extiende sus ramas en todas direcciones, que parece obedecer únicamente al capricho, pero que, sin embargo, tiene su ley en todos los átomos de su ser. La semilla, una vez sembrada, se asimila los elementos de la tierra y del aire conforme a su carácter peculiar.

Aplicada con rigor cada una de estas morales, no parece que exista gran diferencia en los resultados; sin embargo, se ve fácilmente que un procedimiento tiende a que cada hombre lleve en sí mismo la ley moral; el otro, en cambio, a que siempre se necesite de un director espiritual.

Más honda es la diferencia cuando tratamos de la *valuación del pecado*.

Según la práctica romana, el hombre tiene cuenta abierta con la Divinidad; empieza por tener el pecado original; éste es borrado por el bautismo; siguen los pecados en sus diferentes gradaciones: leves, graves, mortales, etc. Frente a ellos encontramos atrición, contrición y buenas obras; de vez en cuando se hace un balance: si el saldo es negativo, el hombre tiene que hacer un esfuerzo por pagar con peregrinaciones, votos, limosnas, fundaciones benéficas, etc. Si el saldo es positivo, entonces queda convertido en un «santo», y se le coloca en los altares.

Pero el principio de la Reforma dice: «El hombre debe toda su vida a Dios; en el momento en que comete un pecado ha caído en falta, y no es posible que pueda acumular obras supererogatorias; queda, pues, separado de Dios.» Desde el punto de vista humano, podemos decir que un hurto sea menos grave que un adulterio, que un asesinato es peor que éste, y que un chismoso es más perjudicial para la Humanidad que un ladrón, adúltero o asesino, según las consecuencias que cada uno de estos delitos traiga para la vida y la sociedad humana. Ante Dios todo pecado es «*ánomia*», oposición a la ley, y ésta, lo mismo que sus consecuencias, no se subsana sino por el perdón que Dios otorga en su gracia y bondad.

La Reforma no ha nacido de móviles políticos ni causas nacionalistas, sino de la angustia que sufría la conciencia de un hombre recto, que preguntaba: «¿cómo puedo ser justo delante de Dios?», y halló la respuesta en las epístolas a los gálatas y a los romanos.

Una vez comprendida esta cuestión inicial, todo lo demás es lógico. Dios perdona por su gracia, luego el sacerdote no perdona, sino que únicamente puede comunicar al hombre el perdón, que Dios le concede por mediación de Cristo. Cristo murió una vez sacrificándose en la cruz y ya no es necesario repetir el sacrificio. No hay, pues, en el Cristianismo sacerdotes, como los que hallamos en las religiones paganas y en la de los hebreos. El *ministerio sagrado* en la iglesia puede ser únicamente *ministerio de la palabra*. La organización y administración, tan importantísimas, pueden variar según las circunstancias y los caracteres humanos, siempre que se respeten los principios espirituales, pero en la iglesia cristiana no debe haber derecho canónico. El Estado necesita el derecho, el *jus*; la Iglesia no. Estos principios, llevados a la práctica, traen consigo la *separación del Estado* y de la Iglesia. El concepto moderno del Estado se debe a la Reforma. También se debe a la Reforma el gran desarrollo que desde el siglo XVI han tomado las ciencias, especialmente las naturales. «La libertad del Cristianismo» abre los horizontes a toda investigación; de la investigación nace la verdad científica. Sin la Reforma no puede concebirse tampoco el adelanto de la Filosofía que trajo Kant. De este libre examen se ha abusado en muchos casos; pero *Abusus non tollit usum*. También se ha abusado de la autoridad, y, sin embargo, todos la reconocemos en nuestra vida cotidiana.

Cada primavera se ve que las fuerzas del pasado se oponen a la vida nueva que ellas mismas, sin embargo, están alimentando. El germen del arbolito naciente tiene que vencer la resistencia de las hojas podridas que cubren el suelo y que han estado abrigando la semilla durante el invierno, protegiéndola contra el frío que la hubiera matado. No es, pues, extraño que haya gran oposición a la Refor-

ma por parte de muchos hombres. Aun dentro del mundo evangélico vemos actuar todavía ciertas fuerzas medievales.

Lo que importa es que Dios siga enviando sus fuerzas regeneradoras, y que los hombres no se resistan a las mismas; entonces veremos triunfar, por fin, los principios de la Reforma, que para toda la Humanidad, y también para la vida de esta España tan querida, significarán una verdadera regeneración, sin revoluciones violentas, sin crímenes abominables, porque Dios no es Dios de desorden, sino de armonía.

JORGE FLIEDNER

INNOVACIONES DEL ROMANISMO

Año 113. — Empieza a introducirse el uso del agua bendita en la Iglesia.

Año 325. — Se empieza a tratar del celibato de los sacerdotes.

Año 350. — Se introduce la palabra *Misa*, y comienza a ser aplicada a la Eucaristía.

Año 390. — Empiezan las primeras confesiones privadas.

Año 400. — Se da al Obispo de Roma el título de Papa.

Año 470. — Es introducida la invocación a los santos.

Año 600. — Origen y desarrollo de la doctrina del Purgatorio.

Año 666. — Se ordena que el culto divino se celebre en lengua latina.

Año 754. — El Concilio de Constantinopla ordena, bajo anatema, la invocación a la Virgen y a los santos.

Año 763. — Se manda, como obligatoria, la confesión auricular.

Año 787. — El Concilio de Nicea decreta el culto a las imágenes.

Año 800. — Se establece la supremacía temporal del Obispo de Roma.

Año 1000. — El sacramento de la Eucaristía es convertido en sacrificio.

Año 1022. — Un concilio establece la commutación de la penitencia por dinero.

Año 1074. — Es declarado obligatorio el celibato eclesiástico.

Año 1215. — Se confirma en el cuarto Concilio Lateranense el dogma de la Transubstanciación.

Año 1229. — El Concilio de Tolosa prohíbe la lectura de la Biblia a los seglares.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

La oferta del perdón en el Evangelio

LA Reforma religiosa del siglo XVI tuvo su origen en una humilde celda, donde un fraile agustino se mortificaba y atormentaba para encontrar la paz de su alma, la seguridad de que Dios perdonaba sus culpas. Un experimentado amigo le recordaba la frase del Credo: «Creo en la remisión de los pecados», y le hacía ver que debemos creer en el perdón, tan ciertamente como creemos en Dios Padre Todopoderoso y en Jesucristo su Hijo, nuestro Señor. Pero él no hallaba descanso.

El caso de Lutero no era el único. Millares de almas gemían bajo el peso de sus culpas sin encontrar el descanso y la libertad que Cristo había comprado para ellas. Aquella experiencia de gozo inefable y glorificado que llenaba de paz y alegría las almas cristianas en los tiempos apostólicos y que inunda de luz las páginas del Nuevo Testamento, se había perdido en la Iglesia que se llamaba cristiana.

Los fieles no disfrutaban ya de la certeza del perdón. Se consideraba como una presunción insensata creer que la carga terrible del pecado podía ser quitada, que la deuda estaba completamente pagada, que no había condenación para los que han creído en Cristo y en su obra redentora.

La Iglesia, cuya misión y cuya gloria era precisamente proclamar el perdón de los pecados en nombre de su Señor, había enturbiado las aguas cristalinas que podían apagar la sed del alma y había cerrado el camino derecho y abierto que debía llevar a los hijos arrepentidos al corazón del Padre celestial.

Se había cambiado el arrepentimiento en penitencia, que es una cosa muy diferente. El arrepentimiento del Evangelio es un cambio de mente, de corazón, de disposición hacia Dios. Es aborrecer el pecado que se ha cometido, volverle la espalda y dirigirse a Dios. Para el hombre que así se arrepiente y que confía en la obra redentora de Cristo, el Evangelio ofrece y asegura un perfecto, completo y gratuito perdón.

La penitencia es sufrimiento que uno se impone a sí mismo, o que alguien le impone, para reparar de alguna manera la ofensa hecha a Dios, para remediar de algún modo el daño hecho a nuestra propia alma. La penitencia es mucho menos que el arrepentimiento, porque no ataca al mal de raíz; y como es menos, nunca encuentra el pecador por medio de ella la paz que su conciencia atormentada necesita. Nunca sabrá si sus mortificaciones, ayunos, rezos y limosnas han sido suficientes para ganarle el favor de un Dios justamente enojado contra él. Nunca sabrá si ha «satisfecho» por sus pecados. En esa dura tarea de pagar la parte que a él le corresponde del perdón divino, la

Iglesia vendrá en su auxilio con sufragios e indulgencias. Y entonces, ¡cuán grande no deberá ser su gratitud hacia ella por facilitarle tan amorosamente un trabajo tan duro y tan penoso! Así se forjó, durante siglos de ignorancia y superstición, un sistema de abominable esclavitud espiritual.

Pero, al fin, la gloriosa verdad del perdón absoluto, perfecto y gratuito, se alzó una vez más en el mundo cuando se descubrió de nuevo el Evangelio de Cristo. «Por gracia sois salvos.» «No por obras, para que nadie se glorie.» «Dios nos perdonó en Cristo.» «Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.» «La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.» La conciencia cristiana recobraba su libertad; gozaba de nuevo en toda su plenitud los infinitos beneficios que Cristo había comprado para los suyos con su preciosa sangre.

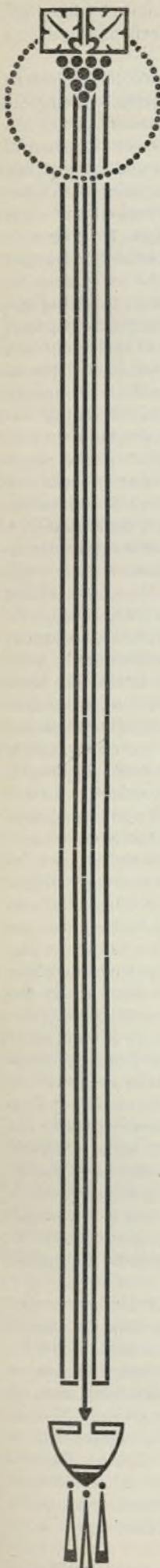
Y entonces se vio lo que la Iglesia extraviada no había podido ver ni entender: que este plan divino de perdonar sin dinero y sin precio, de borrar por completo la mancha de la culpa, de perdonar hasta el último maravedí, porque los deudores no tenían de qué pagar, era el más poderoso remedio contra el pecado, rompía las cadenas del vicio, despertaba a las almas a una nueva vida y las libertaba del poder del mal como jamás pudieron hacerlo las más severas penitencias o los terrores del Purgatorio.

Y se descubrió también que la misión y la gloria de la Iglesia de Cristo no consistía en guardar pretendidos tesoros de indulgencias, sacando de ellos cuando lo tuviera por conveniente para aliviar las angustias de los pecadores en esta vida o sus penas purgatorias en la otra, sino en proclamar esta buena nueva por todo el mundo; en proclamarla con su predicación constante y en demostrar su eficacia divina en las vidas de los fieles. «El verdadero tesoro de la Iglesia es el Evangelio de la gracia y de la gloria de Dios», dijo Lutero en una de sus tesis. No puede haber para la Iglesia mayor gloria que poseer un mensaje que hace brotar por todas partes torrentes de vida y poder espiritual.

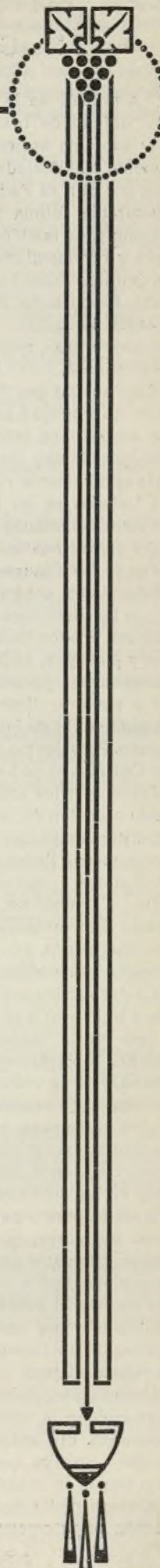
C. ARAUJO GARCÍA.

Países de Europa que han aceptado La Reforma:

Inglaterra,
Alemania,
Suiza,
Suecia,
Noruega,
Dinamarca,
y Holanda.



CANTO HEROICO



A LOS REFORMADORES ESPAÑOLES

Lancemos nuestras voces triunfales: ¡gloria, gloria!,
a los preclaros hijos del terruño español,
que fueron como estrellas de luz propiciatoria,
alrededor de Cristo, nuestro sol.

Honremos su memoria
alzando nuestras almas a Dios en oración,
y el viento que en sus alas la eleve al infinito;
¡gloria a cuantos sufrieron el martirio bendito
por defender la santa fe de su corazón!

España estuvo ciega, los labios clericales
la ahogaban con sus rezos, mientras, ¿lo olvidaréis?,
bendecían sus manos las inquisitoriales
hogueras que enlutaron el siglo dieciséis.

El corazón de España, hundido en la desgracia,
vió morir sacerdotes, estudiantes, obreros
y lo más florido de la aristocracia...
¿quién no te recuerda, Leonor de Cisneros?

Valladolid, tú fuiste la cuna sabedora
de tantas impiedades, ¿dirás cómo ascendían
al cielo, en forma mística de escala salvadora,
las fervidas plegarias de los que padecían?

Tú viste los martirios del noble San Román,
Carlos de Seso, Rojas, los Pozo y los Vivero;
¡oh flores inmortales, pasto del huracán
fanático del clero!

Y tú, regía Sevilla, jardín maravilloso
de una España tan pobre, cuéntanos si no has visto
pasar en gran cortejo, humilde y victorioso,
a los iluminados discípulos de Cristo.

¿No sentiste una noche de Isabel de Baena
o María de Bohorques, la gentil sevillana,
vibrar la voz, ungida de cariñosa pena,
desde las miserables cárceles de Triana?

¿No viste la entereza de un Ponce de León,
la humildad de un Juan Gil, vencer la indescriptible
crueldad anticristiana de aquella Inquisición
abhorrecible?

¿Recuerdas cómo el héroe popular Julianillo
se acercó hasta la pira bendiciendo y cantando?
¡Empañó, gran Sevilla, tu cielo azul su brillo,
y hasta el sol aquel día se te ocultó llorando!

* * *

¡Quijotes de una santa cruzada, sembradores
de la palabra pura de Dios, que es la verdad,
honor a vuestros nombres, invictos luchadores,
os unió el sacrificio con la inmortalidad!

Y nosotros, simiente de aquellos peregrinos,
que por ellos pasamos por más suaves caminos,
cantemos su victoria, trencemos nuestras manos:
¡¡gloria, gloria a los mártires de nuestra causa, hermanos!!

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN

LA UNIDAD DE LA IGLESIA, EN CRISTO, NO EN EL PAPA

LA unidad de la Iglesia cristiana, la unidad de los creyentes, fué una suprema aspiración de Cristo, claramente manifestada y sinceramente pedida por Él a su Padre en aquella noche memorable, última de su vida en este mundo; y fué también una doctrina enseñada y recomendada por el Apóstol de los gentiles: «Que todos sean una cosa», decía Cristo a su Padre. «Solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de paz», recomienda San Pablo a los cristianos.

Esta unidad que San Pablo recomendaba no era una esperanza futura, no era un ideal en favor del cual clamara, sino que era una realidad, que podía ser vista ampliamente como un resultado de sus trabajos en las pequeñas congregaciones de cristianos que fueron establecidas en muchas de las ciudades del Imperio de los Césares, empezando por la misma Roma, contrastando notablemente con las divisiones que en el mundo separaban a unos hombres de otros. Patrios y plebeyos, esclavos e ilotas, hacían patentes esas divisiones en lo social; lares y penates, dioses grandes y chicos, hacían manifiesta las divisiones en lo religioso. Pero dentro de la nueva doctrina del Crucificado no había tales divisiones: delante de Dios todos eran iguales, no había acepción de personas, griegos o judíos, libres o esclavos, todos eran hijos de un mismo Padre y hermanos en Cristo. Señores y esclavos, ricos y pobres, cultos e ignorantes, todos adoraban al mismo Dios invisible, llamándose unos a otros hermanos, y uniéndose en las tribulaciones, hasta el punto de estar dispuestos a dar su vida antes que faltar a su Señor o traicionar a su hermano.

Esta era la unidad que Cristo pedía; ésta era la unidad que San Pablo preconizaba, y en la cual estaba la esperanza del mundo. Ellos eran un Cuerpo en Cristo, con un Espíritu, el mismo Espíritu de Cristo inspirándoles y fortaleciéndoles. Como individuos, eran partes de un todo, pero no un todo cada uno en sí mismo. Eran miembros o partes de un Cuerpo, y como miembros, no eran todos iguales. Tenían diferentes dones y diferentes funciones; pero todos trabajaban juntos, todos servían al propósito del Cuerpo; su unidad era una unidad corporativa: la unidad de un Cuerpo y un Espíritu que da vida al Cuerpo.

Cuando San Pablo miraba al futuro, contemplaba la visión de una brillante esperanza. El Cuerpo de Cristo iba creciendo a medida que nuevos miembros iban siendo bautizados en su nombre. Si el Cuerpo podía preservar su unidad a medida de su crecimiento, el mundo sería regenerado, el egoísmo terminaría, y nadie buscaría su propio provecho, sino

el bien de los demás. Esto llegaría a ser una hermosa realidad cuando la unidad fuese preservada. De aquí las exhortaciones del Apóstol a guardar con «toda solicitud la unidad del Espíritu en el vínculo de paz».

¿Cuál ha sido el resultado en el mundo de esa pequeña semilla de unidad que fué plantada en los días apostólicos? No hay duda que la sociedad de hombres y mujeres que han sido bautizados en el nombre de Cristo ha borrado grandes diferencias en la Humanidad. La dignificación de la mujer y la abolición de la esclavitud son pruebas bien elocuentes de ello. Pero aún queda mucho por hacer, y mucho se hará, constituyendo nuevos triunfos de la unidad cristiana.

Cuando miramos en derredor nuestro, acaso el desaliento se apodere de nosotros al ver las divisiones que existen entre los mismos cristianos. ¿Qué ha venido a ser de la unidad de Un Cuerpo y Un Espíritu? ¿Ha fracasado el Cristianismo en la realización de su obra característica? No; no ha fracasado, porque la Iglesia no ha llegado aún a su triunfo definitivo; porque el Cristianismo no alcanza todavía a la mayor parte de los hombres que pueblan el globo. Pero no ha seguido la marcha hacia la unidad, iniciada en los días apostólicos, porque ha perdido de vista el primitivo ideal, porque ha olvidado guardar la unidad. Si el Cristianismo ha de realizar con eficacia su misión en el mundo, es preciso que recobre el perdido ideal, es preciso que nos demos cuenta de la verdad del Un Cuerpo cuya Cabeza es Cristo.

Se ha acusado a la Iglesia Protestante de haber venido a quebrantar la unidad de la Iglesia Universal, y tras esta acusación ha venido siempre la afirmación de ser la Iglesia romana la verdadera Iglesia de Cristo, por ser la que mantiene la unidad de que habla San Pablo. Pero ni aquella acusación ni esta afirmación tienen fundamento serio, y sólo pueden ser tomadas como ciertas por aquellos que desconocen en absoluto la historia de la Iglesia primitiva. No es la religión que sigue fiel al Evangelio, como la Protestante, la que se ha apartado de la Iglesia apostólica, sino la religión romana, que

con sus dogmas y doctrinas, consideradas por ella como infalibles, ha invalidado por completo las enseñanzas y doctrinas de Cristo.

No negamos que dentro del Protestantismo hay diferentes sectas, o mejor diríamos escuelas; pero las diferencias son accidentales, existiendo en lo esencial una perfecta unidad, ya que todas tienen un mismo Señor y una misma fe, todas predicán un mismo Evangelio y todas sirven a un mismo Dios. No negamos tampoco que sería mucho mejor, porque eso sería lo perfecto, que todos sintiéramos lo mismo y tuviéramos la misma opinión en todas las cosas; pero no puede condenarse como malo ni como contrario a la ortodoxia de la fe que haya distintos pareceres sobre puntos de doctrina que no están claramente definidos en la Escritura o que no son esenciales para la salvación. Como tampoco puede considerarse como malo ni contrario a la unidad cristiana el que haya diversidad de pareceres en cuanto a la organización y disciplina interior de cada iglesia considerada corporativamente, como nadie acusará de falta de unión a una familia porque cada uno de los individuos que la forman desarrolle su vida según su carácter, sus gustos y sus aficiones.

La misma Iglesia de Roma, que tanto alardea de unidad, tiene diferencias dentro de sí, sosteniendo muy diferentes opiniones sobre puntos de doctrina, y fomentando una guerra sorda entre regulares y seculares, en lugar de fomentar la unidad en el vínculo de la paz, y presentándose como conciliadora con todos en los países donde está en minoría, y como intransigente en los que ella tiene el dominio, hasta el punto de poderse citar muchos casos de romanistas venidos del extranjero, que al llegar a España se han encontrado con un romanismo completamente desconocido para ellos y muy distinto del que ellos estaban acostumbrados a profesar. Si esta es la unidad de que alardea la Iglesia de Roma, nosotros no la queremos. Otra es la unidad a que todos debemos aspirar: la unidad en Cristo, no la unidad en hombre alguno por muy elevado que esté su solio; la unidad que Cristo deseaba, al decir a su Padre: «Como tú en mí, y yo en ti, que también ellos sean en nosotros una cosa»; la unidad que enseñaba San Pablo al declarar: «Vosotros sois miembros del Cuerpo de Cristo.»

La obra que el Cristianismo tiene hoy delante es propagar la idea de unidad, enseñar a los hombres la doctrina del Un Cuerpo y Un Espíritu, como la única esperanza de la Humanidad. Pero esto, colocándonos en un plano elevado. No buscando el «la unión es la fuerza», sino el «un cuerpo somos en Cristo». Cuando esto se logre, entonces el Cristianismo habrá conseguido su triunfo completo y el mundo creará que Dios envió a su Hijo.

FERNANDO CABRERA

LA INQUISICIÓN EN ESPAÑA

fué establecida por los

Reyes Católicos en 1478.

Fué abolida por las Cortes de Cádiz

en 1812.

¿Tiene el obrero necesidad del Evangelio?

INDUDABLEMENTE. Todas las criaturas necesitan del Evangelio. Necesidad sentida por muchas almas. Necesidad de la que otras muchas, la inmensa mayoría, no se da cuenta. No echar de menos el Evangelio no significa falta de necesidad, sino inconsciencia. En muchos casos falta de conocimiento. Falta de conocimiento del Evangelio, que hubo buen cuidado de que no llegase a las multitudes. Todos los días se las decía, y se las dice, mas en lengua muerta para que no entiendan. Para que sepan del Evangelio han sido precisos muchos años de constancia protestante, de persecuciones y sufrimientos; muchos años de tenaz propaganda protestante; muchos años repartiendo la Palabra de Dios. Ya son muchas las almas que conocen el Evangelio. Y muchas también las que todavía lo ignoran. Lo ignoran y lo necesitan. Son muchos los enfermos que desconocen la medicina para su mal, y, sin embargo, la medicina existe.

Todos los hombres, todas las criaturas, tienen necesidad del Evangelio. Y sobre todas, los obreros. Necesidad desde el punto de vista privado y desde el punto de vista social. Todas las clases sociales son víctimas de una estructura social anticristiana; pero la mayor víctima es el proletariado. El obrero es la cenicienta de nuestra sociedad, de toda la sociedad contemporánea. Y toda cenicienta tuvo siempre necesidad del Evangelio. Para llevar con resignación su situación. Y para dejar de ser cenicienta. El Evangelio debe ser para el obrero su presente y su porvenir. No lo es porque todavía no conoce bien el Evangelio. En cuanto lo conozca, libre de dogmatismos y humanas adulteraciones, el obrero será cristiano.

«Todos los que estáis trabajados y cargados venid a Mí, que yo os haré descansar; mi yugo es suave.» Este llamamiento del Maestro es para todos, y, especialmente, para los obreros. ¿Quién más trabajado y cargado que ellos? Trabajados y cargados desde todos los puntos de vista, en lo físico y en lo espiritual. ¿Quién tan agobiado, tan afligido como el obrero por todas las seculares injusticias sociales? ¿Quién como el obrero tan necesitado del amor y consuelo que desde el Libro santo le brinda Jesús? Fué en la sinagoga de Capernaum donde por primera vez escucharon los obreros acentos de cariño, arrullos de esperanza, destellos de un mundo para ellos mejor. Obreros del arado, de la fragua, del andamio, de la red y del rebaño, en ropa de sábado, humilde, pero limpia, mezclados con los ricos labradores y lujosos negociantes, oyeron, como nunca les hablara rabi alguno, palabras de amor entrañable, de amor infinito. De amor inmenso, no sólo para los obreros, sino también para todos los pobres, para los enfermos de cuerpo y alma,

para las viudas, para los huérfanos, para los que no comen todos los días, para todos los que sufren, todos los trabajados y angustiados por las miserias del mundo y de la carne. Jamás habían oído hablar así. Aquel rabí no se parecía en nada a los fariseos, escribas y doctores. Aquel era el rabí de ellos, de los trabajadores y de los oprimidos.

Si hoy se predicara como Jesús predicó en Capernaum, Corazin, Caná, Magdala, en el Tiberiades, Betania y Jericó, todos los trabajadores de la ciudad y del campo sentirían la necesidad del Evangelio que abre a las almas no sospechados horizontes.

¡Qué diferente el concepto de vida, después de haber comprendido el Evangelio! Hay cosas en el mundo, malas de por sí, que siempre parecerán malas, antes y después de comprender el Evangelio. Pero hay otras muchas, las que más anhelamos y las que más despreciamos, que a la luz del Evangelio nos parecen muy distintas: lo que antes anhelábamos, no lo consideramos luego tan deseable; lo que antes nos repugnaba, ahora nos parece mejor. Cuando el obrero se asimile el Evangelio, se considerará menos desgraciado, más feliz.

Tiene el obrero necesidad del Evangelio en sí mismo, dentro de su alma, en su vida privada, en la familia; le necesita también en la vida pública, en las costumbres, en el taller, en las leyes, en los gobernantes, en los patronos, en toda la organización social. Jesús en la montaña no predicó solamente para los sagrados santuarios de las almas aisladas, sino también para la conciencia pública, para los ciudadanos, los legistas, los hombres de autoridad y de gobierno.

El obrero tiene cada día más necesidad de que la sociedad se evangelice — ley de progreso —; porque la evangelización de la sociedad — reino de Dios — es la finalidad de sus actuales afanes, aunque él mismo no se dé cuenta de ello. La sociedad cristianizada es la plenitud de la paz: paz espiritual y paz material. En la sociedad evangelizada — superación moral — no serán posibles las luchas de nuestros días, en que el obrero, el eternamente pobre obrero, lleva siempre el peso más abrumador, la peor parte; no vivirá el proletariado en la eterna zozobra de la lucha de clases, bajo la constante amenaza de la rebaja de salarios, del aumento de jornada, de la huelga y del *lock-out*. Julio Guesde, eminente socialista francés, ministro sin cartera en los comienzos de la gran guerra, lo reconoció así, diciendo en cierta ocasión: «Si la doctrina evangélica se aplicase a la vida práctica, muy otra sería la sociedad; no habría cuestión social.»

Tienen los obreros necesidad del Evangelio, y deben ser los más interesados en

la propaganda de la Buena Nueva. Todos tenemos necesidad de él, que es vida eterna, salvación. Pero sobre todo, el proletariado, porque el Evangelio es para él, no sólo vida del más allá, sino del ahora mismo. Dios quiera que lo comprenda así y milite pronto en las filas del verdadero Cristianismo.

Tenemos los protestantes el convencimiento de que al trabajar en la propaganda del Evangelio, laboramos para todos los sectores sociales, y muy especialmente para la clase trabajadora.

LUIS VILLOZO

INNOVACIONES DEL ROMANISMO

Año 1264. — Se introduce la fiesta de *Corpus Christi*.

Año 1390. — Bonifacio IX es el primer Papa que vende las indulgencias.

Año 1439. — Se reserva para el Papa el título de Vicario de Cristo en la tierra.

Año 1515. — Tiene lugar la gran venta de indulgencias bajo el Pontificado de León X, que hizo estallar el movimiento de la Reforma.

Año 1540. — Se funda la orden de los Jesuitas por Ignacio de Loyola.

Año 1545. — Se celebra el famoso Concilio de Trento.

Año 1546. — Se coloca por primera vez la tradición al mismo nivel de las Santas Escrituras, y se reconocen los libros apócrifos como formando parte del canon de la Biblia.

Año 1552. — Se declara por el Concilio de Edimburgo que el Padrenuestro puede ser dirigido a los santos.

Año 1563. — En Diciembre se termina el Concilio de Trento, que duró dieciocho años. En él se confirmó definitivamente la doctrina del Purgatorio. En este Concilio se votaron quince decretos sobre diversas doctrinas, obligando al cumplimiento de ellas por medio de 125 anatemas o maldiciones.

Año 1854. — Pío IX declaró el dogma de la inmaculada concepción de María, esto es, que fué concebida sin pecado original.

Año 1870. — El Papa Pío IX declara el dogma de la infalibilidad del papado. Es decir, empezó por declararse infalible él mismo.

Papas que fueron casados: Dámaso, Bonifacio, Agapito, Teodoro, Silverio, Félix y Gelasio.

LO QUE HAN HECHO POR ESPAÑA LOS PROTESTANTES

NO faltará quien sonría irónicamente al leer el título que encabeza estas líneas. ¡Bah! — dirá —; ¡valiente cosa han hecho los protestantes por España! ¿Y qué podrán hacer esos señores si su programa no se encamina a evitar el alza de las subsistencias?

Sin embargo, los protestantes han hecho mucho por España. Lo decimos sin jactancia, pero haciendo honor a la verdad. Han divulgado en España las Sagradas Escrituras, y esto, ¡oh señores escépticos!, es algo más, infinitamente más, que exponer un programa económico. La divulgación de la Biblia, aunque no quieran creerlo sus detractores, es de una trascendencia enorme para nuestro país.

Un ejemplar de las Sagradas Escrituras es siempre una luz para el alma en tinieblas y un grito de protesta para la conciencia oprimida. Es avivamiento para los espíritus hipertrofiados por creencias heredadas, y estímulo para preocuparse uno mismo de las cosas del alma. El día que cada español posea un ejemplar del Libro Sagrado y medite en su contenido, nos evitaremos el sonrojo de esos sucesos — fruto de la superstición y del fanatismo — que a menudo ocupan las planas de los diarios. Cuando en cada aldea se celebre un culto evangélico semanal, se verán más frutos que los que produce la misa diaria.

De insignificante tacharán algunos lo que los protestantes han hecho por España. Pero ¿adónde hubiesen llegado los excesos del clericalismo, a no ser por el ambiente de libertad y como consecuencia de protesta que, lenta, pero firmemente, va penetrando en la masa de nuestro país? Si se compara la España de hace medio siglo con la España de hoy, se advertirá, claramente, la influencia bienhechora de la libertad bendita que emana del Evangelio de Cristo.

Avivamiento espiritual. También esto lo debe España al protestantismo. La llama divina de la fe se hubiera extinguido; las almas, desorientadas por las más absurdas creencias, hubiesen terminado por quedarse sin Dios y sin esperanza. Aherrrojadas, impedidas para buscar por sí mismas a su Creador, habrían visto morir sus más puros anhelos. Y esto lo ha evitado el protestantismo. No sólo ha hecho luz difundiendo el santo Evangelio, sino que, por lo que podríamos llamar espíritu de competencia, ha despertado el celo en el adversario. Un local abierto para la predicación del Evangelio ocasiona inmediatamente la reacción en los católicos vecinos. Hoy, aunque con notas, se publican porciones del Evangelio. Los frailes de Montserrat traducen recientemente al catalán la Santa Biblia. Eso han hecho los protestantes por España: facilitar la difusión de la perla de gran precio; ha-

cerla llegar a ricos y a pobres, a intelectuales y a obreros.

En materia de enseñanza, justo es decir que los protestantes también han hecho mucho por España. Teniendo en cuenta los escasos medios de que disponemos, podemos afirmar que han hecho más que el Estado y mucho más que la religión oficial.

La estadística de analfabetos que hay en España nos dice elocuentemente lo que por educar a su país hicieron los que estaban obligados a ello. Y la religión oficial, no digamos. Centros suntuosos de enseñanza superior; pero ¿para quién? ¡Ah!, para los potentados, para los influyentes.

Mientras, los colegios protestantes han ido realizando su educadora y patriótica labor. Si el maestro fué siempre símbolo de penuria y escasez, fácil es calcular el desahogo económico del maestro evangélico. A pesar de todo, y por encima de campañas calumniosas, ha logrado la escuela evangélica un puesto de honor y un crédito envidiable. Un ex ministro de Instrucción Pública manda a un secretario a tomar datos respecto al funcionamiento de un colegio evangélico de segunda enseñanza, y en las reformas que más tarde emprendiera, demuestra haber tenido en cuenta el método de dicho Centro.

Y los colegios protestantes han ocasionado, de rechazo, un beneficio a las clases populares, porque también por competencia se han fundado muchos colegios que no se hubiesen abierto nunca. Esta es una verdad que todos la sabemos. ¡Lástima que algunos de los nuestros no den aún la importancia que merece a la escuela evangélica!

Esto han hecho y siguen haciendo los protestantes por España. Difundir la Palabra de Dios en la cuantía que sus medios les han permitido, y contribuir a la educación de su pueblo. Descorrer el velo de las conciencias y preparar a los futuros hombres, inculcándoles el amor a Dios y el amor a la Patria. Predicar la salvación por Cristo, y procurar que nuestra querida Patria se emancipe del yugo de Roma, preparando el ambiente para futuras libertades. Y todo, sin costar ni un solo céntimo al presupuesto.

Debemos añadir que desde el púlpito protestante jamás se hizo política. Un predicador protestante nunca fué procesado por proferir frases contra los poderes constituidos. Las palabras «el liberalismo es pecado» y «el matrimonio civil es un concubinato» fueron lanzadas por los de siempre, por los que ahora en Cataluña hacen política contra la unidad de la Patria. Podemos, pues, decir que los protestantes hemos contribuido con todo amor al engrandecimiento de España.

ALEJANDRO CAMPO

LA TIRADA DE ESTE NÚMERO ha sido considerablemente aumentada a fin de poder servir con prontitud los pedidos que se nos hagan. Paquetes de 100 ejemplares, 10 ptas.

La Redacción de España Evangélica

está formada por Adolfo Araujo, Carlos Araujo García, Agustín Arenales, Fernando Cabrera, Alejandro Campo, Jorge Flíedner, Juan Flíedner, Claudio Gutiérrez Marín y Luis Villaoz.

AGENTES DE «ESPAÑA EVANGÉLICA» EN AMÉRICA:

ESTADOS UNIDOS

D. JOSÉ MADRAZO
207 E. 33, Street. - NUEVA YORK

URUGUAY

D. MANUEL PUCH
San Salvador, 2083. - MONTEVIDEO

ARGENTINA

D. ISIDORO MERODIO
Cañada de Gomez, 2272. - BUENOS AIRES

CUBA

D. JOSÉ JUNCO TASA
M Suárez, 126. - HABANA

REPÚBLICA DOMINICANA

LIBRERÍA DOMINICANA
19 de Marzo. - SANTO DOMINGO

COLOMBIA

D. MARCELINO VALENCIA
BUGA - Departamento del Valle.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

Director: Agustín Arenales

Administrador: Fernando Cabrera

Precios de suscripción:

Un año.	8 pesetas
Seis meses.	4 »
Extranjero: Un año.	15 »
Seis meses.	8 »
América: Un año.	2 dólares
Seis meses.	1 »
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero o 1.º de Julio.	

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:	
España.	6 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero.	12 » » » » »
América.	1,50 dólar » » » » »
Paquetes de 51 ejemplares en adelante:	
España.	5 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero.	10 » » » » »
América.	1 dólar » » » » »

Las suscripciones de paquetes en España podrán pagarse por trimestres, pero siempre dentro del trimestre respectivo.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4
APARTADO 4024

Literatura instructiva, edificante y amena.

ESTUDIOS BÍBLICOS

Concordancia Greco-Española del Nuevo Testamento, compilada por Hugo M. Petter. — Una completa enumeración de todos los casos en que se usa cada vocablo griego del Nuevo Testamento, con indicación de las diferentes formas en que se traduce en la versión de Cipriano de Valera. 595 páginas a dos columnas.

En tela. Ptas. 27,75

Lomo y conteras morocco. > 40,—

Completa Concordancia Española de las Sagradas Escrituras, por William H. Sloan, misionero evangélico en Méjico. Segunda Edición. — Una obra utilísima para todos los estudiantes de la Biblia. Más de 1.000 páginas a tres columnas. Sociedad Americana de Tratados. Nueva York.

En tela. Ptas. 30,75

El Cristo, por E. Naville. — Siete discursos filosóficos acerca de la obra que Cristo ha hecho en el mundo como Maestro, Consolador, Legislador, Señor y Redentor. 274 páginas.

En rústica. Ptas. 2,50

En tela. > 5,—

Cómo se hizo el mundo, por L. Gaussen. — El primer capítulo del Génesis estudiado a la luz de las más seguras y fundadas enseñanzas de la ciencia. 164 páginas.

En rústica. Ptas. 2,—

En tela. > 3,50

Los Cuatro Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, con notas aclaratorias e ilustraciones de Harold Copping. Notas breves, pero muy útiles, para explicar circunstancias de lugar, tiempo, costumbres, etc., y para apuntar importantes lecciones prácticas. Ilustraciones artísticas y reverentes.

En cartóné. Ptas. 1,50

En tela. > 3,—

Filosofía del plan de la salvación. — El autor, antiguo librepensador, ofrece en esta obra el hilo que le ayudó a salir del laberinto de la duda.

160 páginas. Ptas. 2

BIOGRAFÍAS

Martín Lutero, su vida y su obra, por Federico Fliedner. — Una pintura fiel del gran reformador con numerosas citas de sus cartas y libros. 216 páginas.

En rústica. Ptas. 3,—

En cartóné. > 4,—

En tela. > 5,—

Raimundo Lulio, primer misionero entre los musulmanes, por Samuel M. Zwemer. — La vida y obra del gran filósofo, poeta, místico y misionero mallorquín, que se adelantó a su siglo en la empresa de llevar el conocimiento de Cristo a los musulmanes. Con un prólogo de R. E. Speer y numerosas ilustraciones.

En rústica. Ptas. 2,50

En tela. > 3,50

David Livingstone, o id por todo el mundo. — Interesante biografía del gran misionero y explorador que abrió camino al Evangelio y a la civilización en África. 164 páginas, con ilustraciones y artística cubierta.

En rústica. Ptas. 2,50

En cartóné. > 3,—

En tela. > 4,—

La reina blanca de Okoyong (Maria Slessor), por W. P. Livingstone. — La vida de una misionera escocesa que transformó por completo una región salvaje del África. Con muchas ilustraciones.

En rústica. Ptas. 2,50

En cartóné. > 3,50

En tela. > 4,—

Tamate. Vida y aventuras de un héroe cristiano, por R. Lovett. — La vida y trabajos de Jaime Chalmers, «el Livingstone de Nueva Guinea». Narración llena de movimiento, de interés, y de estímulo espiritual. 186 páginas.

En rústica. Ptas. 3,—

En tela. > 4,50

NOVELAS HISTÓRICAS

Recuerdos de antaño, por Emilio Martínez. — Interesante relato, fundado en gran copia de datos históricos, de los trabajos, sufrimientos y martirio de los reformistas españoles del siglo xvi. Cautiva la atención desde el primer capítulo. Nueva edición con retrato del autor, una fotografía del estandarte de la Inquisición de Sevilla y dibujos de Marco. 408 páginas.

En rústica. Ptas. 5,—

En cartóné. > 6,—

En tela. > 7,—

Los hermanos españoles, por Débora Alcock. — Narración más novelesca, aunque rigurosamente exacta en su parte histórica, de la misma época y asunto que la anterior. 404 páginas.

En rústica. Ptas. 4,50

En cartóné. > 5,—

En tela. > 6,—

El Doctor Adrián, por Débora Alcock. — Una historia de los Países Bajos en los días del Príncipe de Oranje y de las luchas por la libertad religiosa. 394 páginas.

En rústica. Ptas. 4,—

En tela. > 5,50

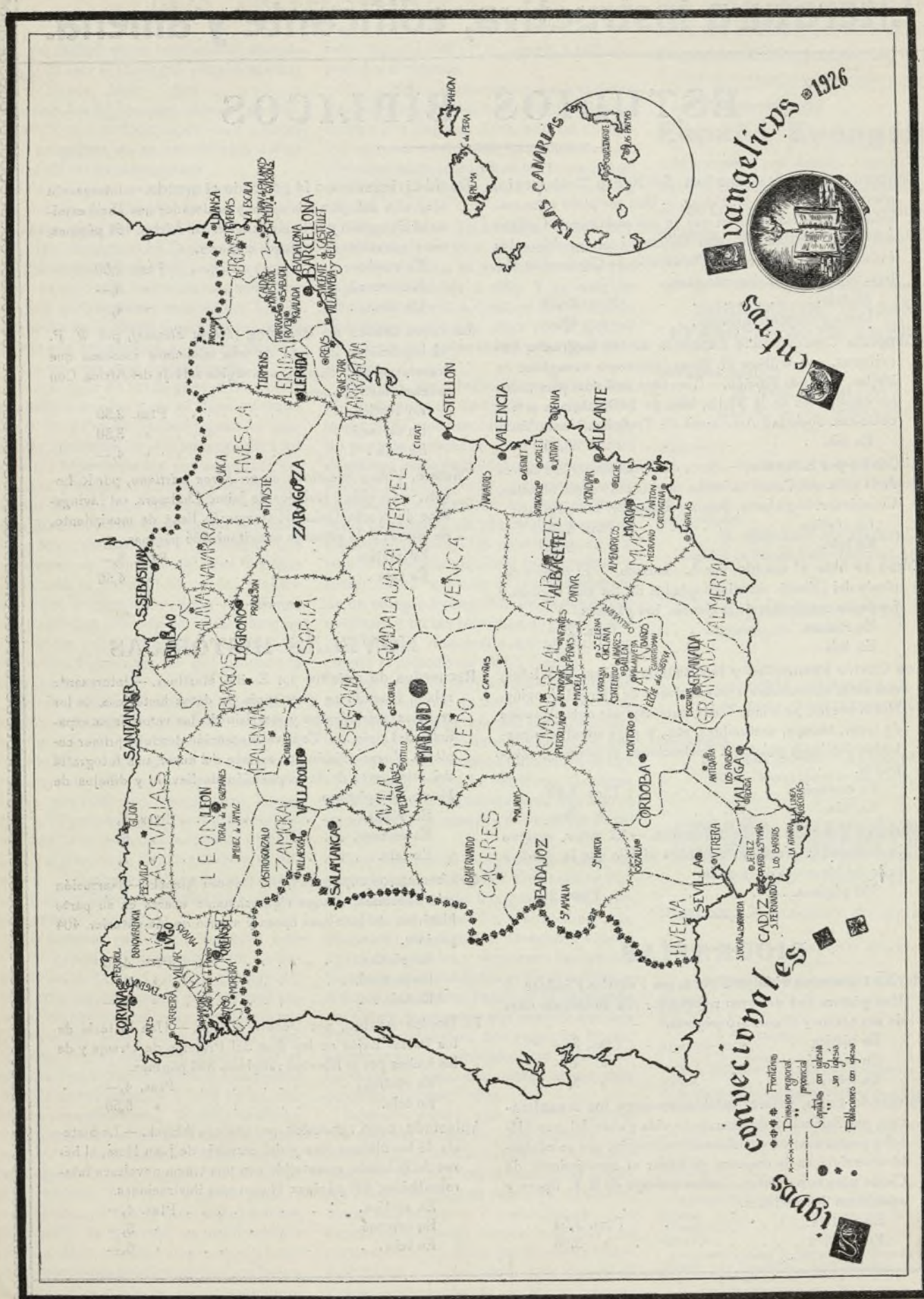
Aplastado, pero vencedor, por Débora Alcock. — La historia de los últimos días y del martirio de Juan Huss, el héroe de Bohemia, entrelazada con una trama novelesca interesantísima. 400 páginas. Numerosas ilustraciones.

En rústica. Ptas. 4,—

En cartóné. > 5,—

En tela. > 6,—

Sociedad de Publicaciones Religiosas. - Calle de la Flor Alta, 2 y 4, 1.º - MADRID



Carlos G. Marin, dibujo.

MAPA DE LA OBRA EVANGÉLICA EN ESPAÑA

LUGARES DE CULTO Y PREDICACIÓN EN ESPAÑA

CASTILLA Y LEÓN

Madrid: Beneficencia, 18.
Calatrava, 27.
Noviciado, 3.
Trafalgar, 34.
Lavapiés, 13.
López de Hoyos, 100 (Prosperidad).
Mesón de Paredes, 27.
Almodóvar (Ciudad Real).
Camuñas (Toledo).
Castrogonzalo (León).
Cigales (Valladolid): Tercias, 6.
El Escorial de Abajo. Casa de Paz.
Giménez de Jamuz (León).
Infantes (Ciudad Real).
León: Renueva, 36.
Puerta del Sol, 8.
Logroño: San Agustín, 20.
Piedralaves (Ávila).
Puertollano: San Pedro, 2.
Pradejón (Logroño).
Salamanca: Sancti Spiritus, 2.
Santander: Isabel la Católica, 4.
Santa Cruz de Mudela (Ciudad Real).
Sotillo (Ávila).
Tetuán de las Victorias (Madrid): Ceuta, 1.
Torale de los Guzmanes (León).
Toralba de Calatrava (Ciudad Real).
Valladolid: José M. Lacort, 20.
Macías Picavea, 25.
Valdepeñas: Mediodía, 5.
Villaescusa (Zamora).

CATALUÑA Y BALEARES

Barcelona: Ripoll, 22.
Diputación, 38.
Rosendo Arús, 3 (Sans).
Internacional, 24 (Clot).
Paseo del Triunfo (Pueblo Nuevo).
Ferlandina, 47.
Santa Águeda.
San Agustín, 14.
Badalona: Santa María, 69.
Caldas de Montbuy.
Capdepera (Mallorca): San Pedro, 3.
Estartit (Gerona).
Figueras: Don Pedro III, 39.
Pozo Artesiano, 1.
Ginestar (Tarragona).
La Escala (Gerona).
Llansá (Gerona).
Lérida: Marqués Villa Antonia, 17.
Mahón (Menorca): Santa Catalina, 5.
Monistrol de Montserrat (Barcelona).
Palma (Mallorca): Soler, 48.
Palamós (Gerona): San Antonio, 29.

Reus (Tarragona): Vidal, 2.
Rubi (Barcelona): Colón, 8.
Sabadell (Barcelona): Balaguer, 208.
Carretera de Barcelona, 222.
San Feliú de Guixols: Gorgoll, 19.
San Vicente de Castellet (Barcelona).
Tarrasa (Barcelona): Topete, 104.
Galvani, 135.
Termens (Lérida).

GALICIA Y ASTURIAS

Ares (Coruña).
Benquerencia (Lugo).
Besullo (Asturias).
Cangas de Morrazo (Pontevedra): Forté, 2.
Carreira: Santa Eugenia de Riveira.
La Coruña: Panaderas, 11.
El Ferrol: Sagasta, 44.
Gijón: Carretera del Obispo, 41.
Calle de García, 20.
Lugo: Carretera de la Coruña, 31.
Marín (Pontevedra).
Moraña (Pontevedra).
Muras (Lugo).
Orense: Camino Viejo.
Moreira (Pontevedra).
Santo Tomé de Piñeiro (Pontevedra).
Vigo: Pi y Margall, 29.
Villar (Pontevedra).

ARAGÓN

Jaca (Huesca): Bellido, 7.
Laguarres (Huesca).
Monzón (Huesca): Aura Boronat, 2.
Tauste (Zaragoza): Turco, 11.
Zaragoza: San Pablo, 85.

VALENCIA Y MURCIA

Águilas: Jovellanos, 22.
Albacete: Libertad, 6.
Tejares, 11.
Alginet (Valencia).
Alicante: Calderón, 20.
Torrijos, 26.
Almendricos (Murcia).
Burjasot (Valencia): Wilson, 80.
Carlet (Valencia): Colón, 26.
Cartagena: Rosario, 51.
(San Antón): Mayor, 10.
Castellón de la Plana: Escultor Viciano número, 20.
Denia (Alicante): Sandunga, 72.
Játiva (Valencia): Plaza Aldomar, 25.
Calle Verniga, 7.
Monóvar (Alicante): Luis Martí, 16.
Murcia: Victoria, 38.
Navarrés (Valencia): Calle de San José.
Sumacárcel (Valencia).
Ontur (Albacete).

Valencia: Palma, 5.
Baja, 31.

ANDALUCÍA Y CANARIAS

Algeciras (Cádiz): Monet, 9.
Antequera (Málaga): Camberos, 34.
Bailén (Jaén): Calle del Agua.
Baños (Jaén).
Cádiz: María de Arteaga, 9.
Córdoba: Candelaria, 12.
Chiclana (Jaén).
Chilluévar (Jaén).
El Centenillo (Jaén).
Elche de la Sierra (Jaén).
Escoznar (Granada).
Guarromán (Jaén): Alcocer, 5.
Granada: Tendillas, 7.
Jerez de la Frontera: Argüelles, 11.
La Carolina (Jaén): O'Donnell, 7.
La Línea (Cádiz): San Luis, 1.
Las Palmas (Canarias): León y Castillo número, 47.
Linares (Jaén): Cambroneras, 27.
Los Barrios (Cádiz).
Los Rubios (Málaga).
Málaga: Torrijos, 25.
Andrés Borrego, 31.
Guimbarda, 17.
Montoro (Córdoba).
Puerto de Santa María: José Navarrete, número 62.
Puebla de Cazalla (Sevilla): San Patricio.
San Fernando (Cádiz): San Bernardo, 55.
Sanlúcar de Barrameda (Cádiz).
Santa Cruz de Tenerife (Canarias): Igualdad, 7.
Santa Elena (Jaén).
Sevilla: Plaza de San Agustín, 11.
Relator, 9.
Utrera (Sevilla): Castelar, 30.
Villanueva (Jaén): Goleta, 4.

EXTREMADURA

Badajoz: Arco Agüero, 14.
Ibáhernando (Cáceres).
Miajadas (Cáceres).
Santa Amalia (Badajoz).

PROVINCIAS VASCONGADAS.

Bilbao: San Francisco, 28.
San Sebastián: Plaza del Centenario, 5.

MARRUECOS

Melilla: General Topete, 14.

En esta lista figuran algunos locales que por olvido involuntario han quedado omitidos en el mapa. Agradeceremos se nos indique cualquier omisión que se note en la lista.

LOS GRANDES HOMBRES Y LA SANTA BIBLIA

ESPAÑOLES

Lea la Sacra Escritura... allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes.

Miguel de Cervantes.

Don Quijote, Parte I, cap. XLIX.

La Biblia es la revelación más pura que de Dios existe

Emilio Castelar.

Libro prodigioso aquél, que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre y los que están presentes en la mente de Dios.

Juan Donoso Cortés.

FRANCESES

Existe un libro que desde el principio hasta el fin parece una emanación superior; un libro que contiene toda la sabiduría humana abrillantada por toda la sabiduría divina; un libro que la veneración de los pueblos llama «El Libro». ¡La Biblia!

Victor Hugo.

El Evangelio tiene indicios de verdad tan sublimes, tan notables, tan enteramente inimitables, que el inventor de él sería una maravilla todavía mayor que el héroe.

Juan Jacobo Rousseau.

ALEMANES

Cuanto más grandes sean los progresos de la Humanidad, tanto más claramente verán los que son sabios que la Biblia es el verdadero fundamento de la sabiduría y la maestra universal de la Humanidad.

Juan Wolfgang Goethe.

Los descubrimientos humanos parecen tener por misión confirmar cada vez más fuertemente las verdades contenidas en la Sagrada Escritura.

Federico G. Herschel.

Puedo decir que desde hace cuarenta años he dedicado más tiempo al estudio de los libros sagrados del Oriente que ningún otro hombre... todos enseñan que la felicidad se debe comprar por sacrificios. Pero nuestra Biblia constituye desde el principio hasta el fin una viva protesta contra tal doctrina. Es verdad que también en ella se exigen buenas obras, pero sólo como expresión de la gratitud del corazón. Enseñemos a hindúes, budistas y mahometanos que sólo hay un libro del Oriente que pueda ser su consuelo en aquella solemne hora, cuando, completamente solos, han de pasar de este mundo al otro, que es invisible.

Federico Max Muller.



Siembra de Evangelios

LA SOCIEDAD BÍBLICA

Flor Alta, 2 y 4, Madrid, envía a cualquier punto de España, los **Cuatro Evangelios** y **Los Hechos de los Apóstoles**, contra remesa de sólo 65 céntimos en sellos de correo, por todo gasto, incluyéndose en el paquete **Los Proverbios de Salomón**.

Dibujo usado en la campaña de anuncios de esta primavera.

INGLESES

No hay filosofía más sublime que la conocida con el nombre de Sagrada Escritura.

Isaac Newton.

Las naciones católico-romanas no progresarán hasta que conozcan mejor la Biblia.

Mateo Arnold.

Nadie imagine que un hombre pueda tener tan perfecto conocimiento de estos dos grandes libros, la Palabra de Dios, la Biblia, y las obras de Dios, la Naturaleza, que no necesite estudiarlos más.

Francisco Bacon.

La Biblia es el secreto de la grandeza de Inglaterra.

La Reina Victoria.

ITALIANOS

El mejor aliado que hemos de procurar es la Biblia. Ésta nos traerá la realidad de la libertad.

José Garibaldi.

La Biblia no nos fué dada para que sepamos cómo es el cielo, sino cómo ir al cielo.

Galileo Galilei.

Esta lectura de la Biblia no creó en mí la menor tendencia al fanatismo, es decir, a la falsa religiosidad, que hace a los hombres débiles e intolerantes.

Silvio Pellico.

NORTEAMERICANOS

Cuando hayáis leído la Biblia sabréis que es la Palabra de Dios, porque habréis visto que ella es la llave de vuestro propio corazón, de vuestra felicidad y de vuestro deber.

Woodrow Wilson.

La Biblia ha sido la Magna Carta de los pobres y oprimidos. La Biblia es el libro más democrático del mundo.

Teodoro Roosevelt.

SUDAMERICANOS

La lectura de la Biblia echó los cimientos de la educación popular y ha cambiado la faz de las naciones que la poseen.

Faustino Sarmiento.

Este libro, que empieza antes que salga la luz y acaba cuando vuelve el mundo a las sombras eternas, ha sido durante veinte siglos fuerza promotora, reveladora, educadora de vocaciones sublimes: honda inmensa de que mil veces se ha valido el brazo que maneja los orbes para lanzar un alma humana a la cumbre desde donde se ilumina a las demás.

José Enrique Rodó.

Ediciones de la Santa Biblia

BIBLIA en 4.º mayor.

Un volumen de 18 por 24 centímetros, con referencias (citas bíblicas) en columna central, hermosa colección de mapas históricos en colores, artístico registro para consignar acontecimientos de familia, encuadernada en rexina, estampación dorada,

6 pesetas (6,75 por correo).

BIBLIA en 4.º menor.

Un volumen de 13 por 19 centímetros, tipo especial, muy negro, llamado «Jónico», encuadernada en tela, estampación dorada,

4 pesetas (4,45 por correo).

BIBLIA en 8.º

Un volumen de 11 por 17 centímetros, tipo claro, buen papel, encuadernada en tela, estampación dorada (la edición más económica que se publica en castellano),

2 pesetas (2,40 por correo).

Envíos a reembolso o previa remesa a la casa editora.

Sociedad Bíblica. - Flor Alta, 2 y 4, MADRID